

esta última que entre gente tan teatral como la española hallaba ya terreno abonado y había de tener vida dura, subsistiendo hasta el modernismo y aun sobreviviéndolo. Al leer hoy el prefacio de las *Lyri- cal Ballads*, que probablemente nuestros románticos no conocieron, ni acaso oyeron nunca el nombre de Wordsworth, nos sorprende que la argumentación de éste con respecto a la poesía neoclásica inglesa sea más o menos la misma que la de nuestros románticos con respecto a la poesía neoclásica española, aunque ellos no se dieran cuenta clara de lo que decían.

Pero, ¿es qué se dieron cuenta tampoco de lo que el movimiento romántico significaba? Si recordamos cómo el romanticismo anima el pensamiento poético y metafísico de Novalis y, en otro terreno, la compenetración casi religiosa con la naturaleza que despierta en Wordsworth, no es posible sino concluir que nuestros románticos, como Byron y Musset, sólo buscaban ahí pretexto para su garrulería y *cabotinage*. Pensamiento, no tenían. En el prólogo que escribió Alcalá Galiano para *El Moro Expósito*, habla atinadamente de Alemania como país de origen del romanticismo, y dice que dicho movimiento "está enlazado con sistemas filosóficos llenos de misterio y de oscuridad". Y el pensamiento indudablemente asustaba a los románticos españoles más que el misterio y la oscuridad, porque éstas al menos las prodigaron, entre bambalinas y tormentas de guardarropía, como recursos escenográficos.

Dos actitudes, una poética y otra crítica, introducidas en España por el neoclasicismo y el romanticismo respectivamente, a saber, el sentimentalismo, originado en Rousseau y aliado a la indulgencia hacia los propios sentimientos (fueran de la índole que fueran, porque el sentimiento lo justifica todo, hasta la peor literatura, según los neoclásicos y sus descendientes), y la creencia supersticiosa en una literatura "popular", tomada por nuestros románticos de los teóricos del romanticismo alemán, han sobrevivido a ambas épocas y resistido hasta la nuestra, gracias a la tenacidad con que los poetas españoles modernos persistieron en la primera y los eruditos en la segunda. El sentimentalismo lo heredan los románticos de sus antecesores neoclásicos, pero lo llevan aún más lejos; y en cuanto a la creencia en una literatura "popular", que los alemanes defendie-

ron frente al internacionalismo intelectual del siglo XVIII, halagando el patriotismo moderno con la defensa de la literatura nacional primitiva, representa para los románticos, en cambio, una reacción brusca respecto al desdén de los neoclásicos hacia la épica, la lírica de la edad media y el teatro nacional. Pero esa actitud, que en su día tuvo sin duda consecuencias beneficiosas respecto al conocimiento y estimación de nuestra literatura medieval, sostenida hoy anacrónicamente y exagerada hasta un extremo increíble por los eruditos más reputados de nuestra tierra, se ha convertido en algo no sólo ya falso, sino absurdo.

En resumen: si neoclasicismo y romanticismo fracasaron en España, al tratar de hallar expresión nueva para nuestra lírica, al menos hicieron evidente con su fracaso dicha necesidad; y unos y otros, al mismo tiempo, ayudaron a la integración del patrimonio lírico; los neoclásicos reeditando grandes poetas olvidados y los románticos creando el gusto por la poesía primitiva. En los capítulos siguientes veremos qué poetas del siglo pasado ayudaron primero a la tarea de ver y expresar la poesía nueva; y luego en cuáles dicha visión y expresión nueva se va abriendo camino. Es decir, a descubrir los orígenes de nuestra poesía contemporánea.

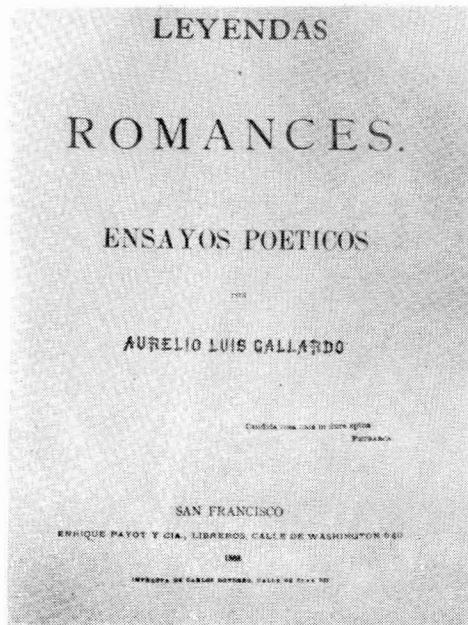
AMOR Y PATIOS

EN LA POESIA DE



Aurelio Luis Gallardo

Por Carlos VALDES



AURELIO Luis Gallardo, nace en León Guanajuato (1831); pero muy joven llega a Guadalajara. Esta última ciudad es el escenario de su despertar poético y de su amor contrariado. Su espíritu adolescente nutrido en lecturas románticas se desborda sobre la vida con vagos anhelos de libertad metafísica. José Espronceda es su autor favorito. Es fácil apreciar el efecto que produce en la mente impresionable del joven, los versos sonoros de aquel poeta español, temperamental, apasionado y escéptico. Esta es la tónica de los primeros poemas de Gallardo:

¡Yo no entiendo por qué lloro
la causa de estas tristezas
que en mi corazón escondo!

Fiel a sus modelos de vida romántica se enamora a primera vista. Elige para siempre. Su amor (él piensa) será el primero y el último. Sin tener en cuenta la realidad se entrega por completo a su naciente pasión:

Ya de Milton el ciego divino
hallé el paraíso, mi dulce ilusión;
¡te juro a la faz del destino
ser tuyo en la tumba, ser tuyo ante Dios!

En el amor no encuentra la felicidad, sino un placer dudoso. Se complace en la voluptuosidad del desastre imaginario. Contempla la naturaleza a través del cristal subjetivo de la melancolía romántica:

Los pájaros esta tarde
me pareció que lloraban,
las rosas se deshojaban,
sin gala alguna el vergel.
Casi un sudario de muerte
cubre a la naturaleza.
¡El mundo sin su belleza
sólo un cementerio es!

Las circunstancias de lugar y tiempo agravan las desdichas del poeta. En la Guadalajara levítica y patriarcal del siglo XIX, el padre de familia tenía el poder y el derecho (apoyado por las autoridades) de decidir el estado de sus hijos. Y ellos debían de obedecer fuera o no de su gusto la elección paterna. Cuando, como en el caso de Gallardo y su ama-

da, los jóvenes sostienen su noviazgo en las sombras, los sinsabores menudean. El poeta apegado al credo estético de revelar la vida íntima, a lo Byron, relata sus angustias. Gracias a esta tendencia autobiográfica se pueden conocer muchas de sus actitudes ante el mundo.

Anoche en hora tremenda
cumpliéndose mi presagio
quisieron por mucho tiempo
separarme de su lado.
Sostenía, rudo atleta,
terribles combates diarios.
La sociedad y mis deudos,
la justicia y sus aliados,
con fiero encarnizamiento
todos contra mí luchando.

Pero los obstáculos que se interponen a su amor, sólo logran robustecerlo. La cristalización stendhaliana es completa. Gallardo no invoca a la amada por su nombre propio, sino que la llama: ángel, arcángel, paloma, Elodia, y dice haberla amado en sueños aun antes de conocerla:

¡Surge a la luz, visión deslumbradora,
que he amado en la región de la quimera!
Yo te ví en el alcázar de la aurora,
tú me anuncias la dulce primavera,
rozaron al pasar tus grandes alas
las misteriosas cuerdas de mi lira;
deténte, arcángel, que en el olor que exhalas
ebrio de encanto el corazón lo aspira.

En el prefacio de su libro *Leyendas y romances* anuncia el propósito de conmover a los lectores: "Una sola cosa anhelo al publicar lo que escribo: conmover". Y luego se declara romántico: "Mis versos no tienen un carácter filosófico marcado, son únicamente la expresión espontánea y sentida de mis impresiones fugitivas". En las citas anteriores creo que queda demostrado en forma suficiente el carácter espontáneo y sentido de los poemas de Gallardo; pero él afirma que sus poesías además de "eróticas", son "descriptivas". Algunos críticos piensan que el valor estético de su poesía palidece ante el sólo mérito descriptivo del color local, ya que sus poemas contienen un variado acervo de costumbres, paseos, fiestas, crónicas de la vida tapatía del siglo XIX. Pero más bien, creo que el valor meramente descriptivo, de él o de cualquier otro, es nulo; un prosista puede superar con facilidad a un poeta en esta baja forma, hoy encomendada a los periodistas.

Pero hay un estilo de crónica poética que se aleja de las formas reales, y más bien describe el sentimiento del artista. Los románticos fueron maestros en esta clase de poesía: unos reflejaron sus sentimientos en panoramas de países o épocas remotos; otros se limitaron en sus respectivos pueblos natales, a configurar la correspondencia de las formas de la naturaleza propicias a sus estados de ánimo. A este último tipo pertenece Gallardo.

En el norte, los poetas sueñan junto a la chimenea, el calor del hogar en las prolongadas noches de invierno invita al ensueño. En cambio, en los países cálidos, el patio fresco e insomne es el escenario ideal del amor y el sueño, más antaño en las provincias, donde se puede decir que no se construían casas con patio, sino patios rodeados de corredores y cuartos.*

Casi no hay un poeta de fin de siglo y principio del presente que deje de aludir directa o indirectamente a los patios, lugar común de la poesía de aquellas épocas. Citaré un fragmento de un poema de la primera cosecha de Ramón López Velarde, quien nos hace sentir como

ningún otro, el hábito fresco de las cosas provincianas:

Honda es la paz... Pero la angustia crece
al mirar que no vuelves. Hace ruido
el viento entre las hojas, y parece
que en el patio se quejan los difuntos...
¡Es el *naranja* que al temer tu olvido
me está invitando a que *lloremos juntos*." 1

Gallardo es también un devoto de los patios, su gusto romántico por la naturaleza artificiosa de los jardines lo inclinan a describirlos con detalles nimios, frente a ellos tiene la misma actitud anímica que López Velarde, casi idéntico tono de voz. Cotéjese el llanto del árbol con el del zenzontli de Gallardo, que luego escucharemos. Ambos poetas aprecian las notas melancólicas del mundo desolado de la provincia; sólo que López Velarde, se ha liberado por completo del neoclasicismo, y su actitud es retrógrada, se fuga hacia el pasado, es un poeta reaccionario en todo el sentido de la palabra.

Dicen que toda la noche
se escuchan allí los cantos
de un peregrino zenzontli,
que cogieron en el campo.

Es difícil encontrar otro poeta que ame más los patios que Gallardo. Es impresionante el número y el afecto especial que pone en la pintura de sus patios casi palaciegos, pequeños parques botánicos y zoológicos, engalanados con fuentes, mosaicos, aves, estatuas, enredaderas, macetones.

Describe los patios de su casa con la peculiar sintaxis neoclásica, y con los tibios adjetivos calificativos que son tan del gusto de su escuela. Diríase que el calificativo ideal de los románticos sería el que no alterara al sustantivo:

Y la alcoba tiene vista
a un jardín con pajarera,
de en pilastras de azulejos
hay *magníficas* macetas.

Tres *gentiles* corredores
lo abrazan, que no lo estrechan,
y en el aire los suspenden
columnas de fierro *esbeltas*,

El comedor a este sitio,
cuya hermosura recrea,
abre de *ricos* cristales
sus *elegantes* vidrieras.

Separa los *grandes* patios
un frontispicio de piedra,
con *anchos* cornizamientos
y ornamentación *soberbia*.

Salvador Novo, en los patios de Gallardo, podría encontrar numerosas presas para su colección de *Las aves en la poesía castellana*:

Silban las pintadas mirlas,
y más dulce que la miel
regalan su blanda música
tiernos zenzontlis después.
Las pardas tórtolas dicen
romanza de amor cruel,
que expresa en sentidas notas
melancólica viudez.²

Su canto es crepuscular, fino y sutil, puede unirse sin violencia al del resto de las aves de la lírica mexicana. Pienso que Castro Leal no protestaría. La autenticidad de Gallardo reside en la armonía de sus poemas con su manera de ser, que no desdice el temperamento del mexicano: melancólico y rebelde, educado y amante de la dialéctica. Gallardo en sus poemas es mexicanísimo aun en los diminutivos que usa en los títulos: "El aguacero de Zapopan", "Su casita", "La esquilita del Carmen", "Las barranquitas del Carmen. José Cornejo Franco que presta atención a las corrientes literarias

en que se expresa Gallardo, las encuentra de profunda mexicanidad:

"Si alguna expresión pudo incrustarse sin esfuerzo en la sensibilidad mexicana, y le es connatural, fué la del barroco, que se detuvo con el neoclásico, para volver renovado con el romanticismo, trayendo los mismos excesos y la misma exuberancia, y sobre todo idéntica actitud ante la vida".

Gallardo encarna el modo de sentir y actuar de toda una época, es un rebelde que desprecia la élite social a que pertenece; aunque su familia es tradicionalmente conservadora, él milita en las filas del partido liberal, escribe literatura de combate contra los imperialistas. Su drama *Los mártires de Tacubaya* es quemado en público, a él se le sentencia al destierro, condena que cumple en los Estados Unidos. Reacciona contra el pasado, ama el presente, y se proyecta en el mañana, donde espera encontrar la felicidad. En literatura guarda una actitud semejante: reacciona contra los clásicos en que fué educado; aunque los respeta y recibe de ellos el influjo que es natural; pero lucha por una expresión más adecuada a sus sentimientos, por una nueva manera de sentir y valorar la vida.

Gallardo vive para los sentidos; no intenta la poesía metafísica, ni tiene fe en el intelecto. Piensa que la salvación del hombre está en los sentidos. Cree en el romanticismo, no como escuela o moda, sino como concepción peculiar del cosmos. La ilusión en él, como en otros muchos es completa: no son románticos los poetas sino el mundo que los rodea, ellos simplemente hacen notar esto a los espíritus menos perspicaces:

un patio que baña en silencio
romántica luna;

Gallardo muere en los Estados Unidos, en Napa, condado de California, a los 38 años de edad; poco antes de su muerte escribe presintiendo su fin:

Este cantar de lágrimas perdona.
En él una alma triste se refleja,
que es de ciprés y adelfas mi corana
y una incurable enfermedad me aqueja.

Pero ni el tiempo ni la distancia borran el recuerdo de su amor, la edad no trae ningún cambio en sus puntos de vista, su melancolía persiste, la construcción verbal es casi la misma:

Pocos realizan el amor primero,
y aquel que triunfos y ambiciones logra
en honda lucha, afán perecedero,
siempre el primer amor se le malogra.

En conclusión: Gallardo es un poeta apreciable que posee varias virtudes de su época, y en particular del mexicano; pero no tiene fuerza suficiente para crearse un universo poético, cerrado y total, se contenta con la perfección de los poemas en sí mismos, sin preocuparse por la continuidad metafísica. No tiene la voluntad de romper radicalmente con su medio, hace concesiones a su familia y a la tradición académica. A pesar de estas limitaciones Gallardo puede reclamar la autenticidad, cuando logra librarse de metáforas e imágenes hechas, y ataca desde adentro el problema poético. Su originalidad no está en una determinada imagen o giro afortunado, sino en el continuo fluir poético que los románticos llaman inspiración. Uno tras otro sus versos fluyen en un constante diálogo del poeta con el mundo, originalidad que no comprenden los críticos neoclásicos

que solo la ven, en el brillante apego a las reglas de la antigüedad, ni los críticos de hoy que juzgan la poesía de acuerdo a un nuevo academicismo, la poesía de moda, y olvidan las referencias de tiempo y espacio.

No pretendo agotar la riqueza de la poesía de Gallardo, al que interese en mayor número de datos lo remito a su

libro *Leyendas y romances*, San Francisco (1868), reimpreso en Guadalajara (1952). Poemario de donde recojo todos los fragmentos de los poemas citados.

Leyenda y romances contiene poemas fechados entre 1850 y 1867, y sus otros poemarios están editados dentro de este período. Por lo que creo que su estado de ánimo puede variar con los sucesos

felices o desgraciados, pero su visión del mundo de principio a fin debe de ser la misma.

1 El fragmento de este poema está tomado del libro de Emmanuel Carballo, *Ramón López Velarde en Guadalajara*. Guadalajara, 1952. pp. 38-39.

2 "melancólica viudez", prefigura la peculiar tónica Velardeana.

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

AL traspasar el umbral, admitidos en su apacible casona por don Artemio de Valle-Arizpe, hemos traspuesto las lindes del presente para ingresar en el pasado. Reina aquí la Colonia, y en ella uno de los más fecundos escritores mexicanos de nuestros días, cuya vida dedicó a la recreación de aquel ambiente y aquellas costumbres y personajes. Don Artemio —67 años, alto, porte caballeresco, piel sonrosada— es, en sí mismo, el redivivo personaje de más de uno de sus relatos. En su jovial y hospitalaria actitud nos recuerda a su don Rafael Rivadesella, protagonista de su narración "Las flores del pino".¹

Rodeado de las cosas que ama, obras de arte y muebles coloniales del más exquisito y refinado gusto, goza del ambiente en que desenvuelve su vida metódica y tranquila, sin más preocupación o interés que devolver a la luz lo que siglos atrás fuera luz: Personajes de convento, de Corte o de callejuelas sombrías; pasajes de la vida de la Nueva España, hechos y sucedidos singulares, cuya prestancia procede de la magia de lo maravilloso que les acompaña.

El tradicionalista mexicano es ejemplo cabal de escritor que se abstrae del mundo contemporáneo para adentrarse en la realidad pretérita. No es ésta una actitud exclusivamente romántica. No llega al pasado por el simple impulso del sentimiento; es por la vía del estudio, que le ha dado un sólido conocimiento del objeto de sus preferencias. Si bien es cierto que la vuelta al pasado es, fundamentalmente, gesto romántico, a este gesto se añade una sincera vocación histórica, y un no oculto desinterés por las cosas del presente. Don Artemio de Valle-Arizpe no es un aficionado de la tradición; es él mismo, personaje de la historia que le embebe y le recrea, le mueve a la vida y al estudio, causa y objeto de su actividad de escritor. Vive, pues, en la más completa ascepción, en el pasado. Es un tradicionalista por naturaleza, más que por afición.



DON ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE

Por Mario PUGA

Desinterés por el presente

—Soy apolítico, pero no soy ajeno al hombre y sus tribulaciones— nos dice.

—Reconozco que la búsqueda del pasado, allá por los años agitados de la Revolución maderista, fué un modo de escapar al imperio de la *canalocracia*. El caos que me rodeaba, hizo de mi vocación histórica el objeto único de mis preocupaciones.

Le recordamos que en alguna época de su juventud participó de la política.

—Sí, en los finales del régimen del general Porfirio Díaz. Mi padre, también un apolítico dedicado a sus negocios particulares, fué designa-

do por don Porfirio gobernador de mi Estado natal, Coahuila. Mi padre se rehusó con empeñosa terquedad, pero el General sabía lograr sus propósitos. Emplazó a mi padre a escoger entre su amistad y, entonces, colaborar; o ser su enemigo, y atenerse a las consecuencias. Mi padre no podía perder el amigo y aceptó. Así vine a ser yo, un joven de veinte años, persona de posibilidades políticas. —Hace una pausa, sobre el rostro se extiende una sonrisa plácida, de recuerdos lejanos—. Para mí fué una sorpresa, no diré que desagradable. Sencillamente no me interesaba. Un día recibí un telegrama. Se me comunicaba haber sido elegido diputado

nacional por el distrito de Comitán de las Flores, Chiapas. No tenía ninguna idea de la política. Sólo siete meses hacía que optara el título de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. Mi nombramiento era un beneficio inesperado. No sabía qué hacer. Mas creí de mi deber aceptar el cargo y cumplirlo, en mi modesta medida. Mi suplente de esta diputación fué un novelista brillante y fogoso, don Emilio Rabasa.

Nos mira interrogante. Guardamos silencio. Y agrega: —¡Qué quieren ustedes! Así se manejaba la política de la época.

Don Artemio no se ha animado poco ni mucho durante este relato. Muy erguido sobre el duro sillón frailer de recto espaldar de añosa encina, habla casi sin gesticulaciones. Es un caballero de ascéticos modales.

Al producirse la revolución de don Francisco I. Madero, don Artemio abandona su fugaz papel político y se dedica a su profesión de abogado. Fué ésta, también, una actividad que no le satisfizo. Nos dice un poco burlón:

—Guardo mi título de abogado como México guarda la estatua ecuestre de don Carlos IV, como un adorno. Mi vocación profunda era el estudio de la historia, particularmente la de la Nueva España y comienzos de la República.

Con posterioridad don Artemio viajó largamente por Europa. —Mi primer viaje fué como Secretario de nuestra Legación en Madrid, y más adelante ocupé cargos análogos en Bélgica y Holanda. De aquella época guardo el recuerdo de mis investigaciones en los archivos peninsulares, que contribuyeron mucho a encauzar definitivamente mi ambición de escritor. Después formé parte, junto con Alfonso Reyes, de la Comisión de Estudios Históricos de la que era jefe don Francisco A. de Icaza y en seguida me reintegré de nuevo a la Legación, igual que Reyes, durando en ese puesto cosa de cinco años.